



Centro de Extensão da Faculdade de Letras da UFMG
Av. Antonio Carlos, 6627 - Faculdade de Letras - Sala 1000-A
Belo Horizonte - MG - CEP: 31270-901

IDIOMA

ÁREA DE
PESQUISA

ESP	3
------------	----------

**EXAME DE PROFICIÊNCIA EM IDIOMA ESPANHOL PARA
PROCESSOS SELETIVOS DE PROGRAMAS DE PÓS-GRADUAÇÃO DA UFMG**

ÁREA 03: HUMANAS, CIENCIAS SOCIAIS APLICADAS

Candidato(a) (escreva somente o nº do CPF): _____ Nota _____

Data: ____ / ____ / ____

INSTRUÇÕES:

- 1 . Esta prova é constituída de 01 texto em língua espanhola, seguido de 5 (cinco) questões abertas, totalizando, juntamente com esta folha de rosto, 9 (nove) páginas. Qualquer problema identificado, solicite a substituição da prova.
- 2 . Leia atentamente o texto e responda as questões propostas, respeitando o limite de linhas **pré-definido** para as respostas de cada questão. As questões deverão ser respondidas em português, **a tinta** e em **letra legível**.
- 3 . A duração da prova é de **3 (três) horas**.
- 4 . **É** permitido o uso de dicionário impresso. O candidato deverá utilizar seu próprio exemplar.
- 5 . Os rascunhos deverão ser entregues ao examinador juntamente com a prova e o texto.
- 6 . Responda as questões de acordo com o texto.

Cultura de la vida en la sociedad contemporánea

Alejandro Navas García

Todavía está muy cercano el fin del siglo pasado, que también era fin del milenio, y en circunstancias como ésta es convencional e inevitable hacer balance. Así, en los últimos meses han proliferado los análisis sobre la situación actual de nuestra cultura, y cabe afirmar que de la casi totalidad de esos comentarios se desprende un tono ambivalente. El siglo XX parece haber combinado los mayores extremos de civilización y de barbarie, lo que tal vez no sea más que un simple reflejo de la condición del hombre, capaz de lo mejor y de lo peor. Occidente ha alcanzado unas cotas de desarrollo económico y de bienestar nunca vistas en la historia de la humanidad - disminución de la mortalidad infantil, asistencia sanitaria generalizada, prolongación de la esperanza de vida y notable incremento de su calidad-, junto con logros como el avance científico y tecnológico, la educación universal -y gratuita en buena medida-, la difusión de la democracia política, los derechos humanos, el reconocimiento de la libertad y el pluralismo, el aprecio por la dignidad humana, el mejoramiento de la situación de la mujer, etc. Pero las partidas que deben apuntarse en él no son menos imponentes: guerras mundiales, genocidios, limpieza étnica, holocausto, archipiélago Gulag, bomba atómica, armas químicas y biológicas, tortura, manipulación, totalitarismo, terrorismo, aborto masivo y -probablemente en breve- eutanasia, etc.

Ante el espectáculo de tanta violencia desatada, el hombre de la calle y, con él, los expertos se formulan algunos interrogantes: ¿Es la violencia algo genético, que está de modo necesario en nuestra naturaleza, o más bien es algo aprendido, adquirido al hilo del proceso de socialización o de la interacción social? ¿Somos hoy más o menos violentos que en el pasado? ¿Se respetan la vida y la dignidad humanas hoy más que antes? Seguramente no hay una respuesta neta y fácil a estas preguntas. En cualquier caso, los contrastes entre los logros de la civilización y las aberraciones de la barbarie resultan particularmente intensos, lo que podría explicar, al menos en parte, el malestar de fondo que nos invade. Hay conciencia de que algunos obstáculos, tal vez no del todo visibles, entorpecen el funcionamiento del maravilloso engranaje de nuestra cultura moderna, y esto ya antes del fatídico 11 de septiembre. Esta maquinaria, llamada a proporcionarnos una vida feliz, chirría en más de un sentido, a pesar del lubricante que los ingenieros sociales al servicio del Estado del

bienestar se encargan de administrarle. Voy a intentar mostrar a continuación algunas de las raíces que, tal como lo veo, explican esta situación.

Raíces culturales que explican la suerte corrida por la vida en la sociedad actual

Para entender el tratamiento que nuestra sociedad da a la vida, será oportuno mencionar algunos de los rasgos más característicos de la cultura occidental contemporánea.

El hombre moderno, apoyado en los extraordinarios progresos de la ciencia y la tecnología, se considera emancipado de trabas seculares, que durante milenios incluso aherrojaron la existencia de las sociedades y de los hombres. La libertad se entiende ahora como emancipación, como ruptura con los más diversos tabúes. Los valores del pasado dejan de merecer respeto. En general, todo lo tradicional se vuelve sospechoso, hay que innovar, ser original. El hombre ya no acepta tutelajes de fuera, ya sea de la tradición, de la naturaleza o de la religión. Lo propio de este nuevo hombre, adulto y emancipado, es no aceptar más normas que las que él mismo se impone; por fin está en condiciones de erigirse en soberano de su propia existencia.

El progreso, necesario e ilimitado, se convierte así en el gran mito de la modernidad. En cierto modo, ocupa ahora el lugar que tradicionalmente había correspondido al bien. Así, los calificativos “progresista” y “bueno” acaban identificándose. Y de modo correlativo, lo reaccionario es el mal en absoluto, sin paliativos. Nada puede detener ese progreso, cuyo sujeto es en última instancia el conjunto de la humanidad. El motor del progreso es la ciencia, que persigue un conocimiento objetivo de las leyes que rigen el funcionamiento de la realidad física. El hombre clásico y medieval vivía en un mundo del que formaba parte como un ser natural más, aunque dotado de entendimiento y voluntad, de logos, lo que le servía para conocer esa realidad y destacarse de ella. Era microcosmos, compendio de todas las formas de ser presentes en la realidad, y, por designio divino, rey de la creación, que quedaba sometida a su gobierno. Así, no resulta extraño que una de las primeras tareas de Adán en el Paraíso consistiera en poner nombre a los animales. Dar el nombre implica dominio, pero también parentesco, familiaridad con aquello que nombramos.

Ese mundo, con el que el hombre se siente emparentado a pesar de trascenderlo en cierto modo, no es hermético, sino que se deja conocer. El hombre es su dueño, pero de alguna manera la realidad manda: es la medida o criterio de la verdad y del bien. La verdad consiste en la adecuación a la realidad, y portarse éticamente significa hacer justicia a la realidad, respetarla y tratarla como se

merece. El ideal de una vida plena, lograda, consiste en la contemplación del orden del mundo y, después, de la misma esencia divina.

Esta armoniosa relación entre hombre y mundo se desbarata en el comienzo de la modernidad. El moderno ya no está para contemplaciones. El nuevo programa se encuentra claramente formulado en el *Novum Organum* de Bacon, sin duda uno de los textos programáticos de la modernidad científica: "Disecar la naturaleza, vencerla mediante la acción para instaurar el Reino del Hombre. Podemos tanto cuanto sabemos". La instauración del reino del hombre exige eliminar a Dios, competidor peligroso por la soberanía, y después del deísmo que caracteriza el s. XVIII, Haeckel puede proclamar solemnemente, como típico representante del positivista s. XIX, que "el mundo ha de tener presente que el descubrimiento más importante del siglo es éste: no existe lo sobrenatural". Y Swinburne declara lleno de entusiasmo en 1871: "¡Gloria al hombre en las alturas! Porque el hombre es el señor de todas las cosas".

Después de la crisis de fundamentos que atraviesan de modo particular la física y las matemáticas en el primer tercio del s. XX, las ciencias se vuelven más modestas en sus pretensiones cognoscitivas. Interesa sobre todo la aplicación práctica de los nuevos conocimientos, lo que lleva a la ciencia y la tecnología al corazón de la economía y la política. Ahora las cuestiones que ocupan a los científicos tienen casi siempre amplísimas repercusiones económicas y políticas. Las inversiones necesarias para realizar la investigación alcanzan cifras descomunales, pero los beneficios que va a proporcionar la explotación comercial de esos descubrimientos son todavía mayores: hay negocio a la vista. La política se siente desbordada, y para intentar no perder comba ante el curso adoptado por los acontecimientos, se ve obligada a entregarse en manos de los expertos. Como declaraba recientemente el premio Nobel de Química, Richard Ernst, "la ciencia tiene la responsabilidad de mirar hacia el futuro y decir a la sociedad lo que debe hacer".

Los acontecimientos se suceden con rapidez: fecundación in vitro, ingeniería genética, avances médicos como el diagnóstico preimplantatorio, clonación, prolongación de la vida, etc. Y la alianza de disciplinas que hasta ahora habían trabajado por separado abre perspectivas prometedoras o terribles, según se mire. Ante cada nuevo descubrimiento o aplicación se repite el mismo proceso por parte de la opinión pública: rechazo horrorizado, rechazo sin horror, la situación empieza a normalizarse, reconocimiento de la importancia del asunto -los profetas de este nuevo mundo son expertos en el manejo de los mecanismos configuradores de la opinión pública-, curiosidad e interés por el asunto, que merece ser estudiado a fondo, aceptación para algunos casos excepcionales y

rigurosamente determinados, generalización de hecho, legalización, aceptación pacífica. El hombre muestra así una notable capacidad para acostumbrarse y dar por buena la conducta aparentemente más insólita o aberrante, con tal de que se repita con la frecuencia necesaria.

Aunque parezca imparables, este proceso no es un mero paseo triunfal, y numerosas voces se elevan para denunciar su carácter inhumano y señalar que no todo lo que se puede hacer se debe hacer, de acuerdo con las exigencias de una ética natural, que postula el respeto a la realidad como uno de sus principios fundamentales. Aquí no nos las tenemos que ver únicamente con los representantes de las religiones tradicionales en general y del cristianismo en particular. No faltan los testimonios de destacados miembros de la misma comunidad científica, que han conservado un mínimo de lucidez, que les permite advertir los males causados por esos genios que tan alegremente han dejado escapar de la botella y que ahora quisieran, con una mezcla de decepción y nostalgia, volver a someter, en un empeño tan encomiable como imposible. Por ejemplo, ahí está el venerable Erwin Chargaff, uno de los padres de la investigación genética, que ante la evolución de su disciplina y desde la atalaya de sus 96 años, no acierta más que a formular, desconcertado, una pregunta: "¿Por qué?" En una entrevista realizada en junio pasado manifestaba que "vivimos en una época terrible, nada más que por el hecho de que sea necesario hablar de estas cosas. Se impone la tesis de que lo que no está expresamente prohibido, debe permitirse de modo automático. Tal vez me he convertido en un reaccionario, pero hace ya tiempo que pienso que la biología molecular se ha desmadrado y hace cosas de las que no se puede responsabilizar. La ciencia comete hoy auténticos crímenes. La ciencia natural se ha convertido en parte de la economía de mercado".

Pero al día de hoy parece que nadie es capaz de detener el avance de esa lógica del descubrimiento y de su aplicación, que lleva a que todo lo que se concibe en la teoría y pueda desarrollarse en la práctica deba ser experimentado y, en su caso, explotado y generalizado. Si tuviéramos una idea del término de esa evolución o, al menos, de lo que aletea como objetivo en la mente de sus promotores, podríamos emitir un juicio, aprobatorio o condenatorio. Ante el espectáculo que científicos, empresarios y políticos nos están ofreciendo con sus planes delirantes, me temo que en los próximos decenios nuestra sociedad se expone a dar tumbos considerables antes de que, escarmentada, vuelva en razón.

El control de la muerte

Hemos visto a grandes rasgos cómo el moderno se ha embarcado en una arriesgada aventura, sin regatear medios y esfuerzos, para intentar controlar todo lo relativo al origen de la vida y a la determinación de sus características. La lógica de la situación, que es en buena medida la lógica del poder, que siempre tiende a expandirse, exigía que pronto se dirigiera la atención también a la muerte.

De una parte, se intenta ganar tiempo y prolongar la vida, para retrasar todo lo posible la enojosa comparecencia ante su tribunal. De otra parte, y en contradicción solo aparente con la anterior, se acorta la vida de aquellas personas que reúnen, o dejan de reunir, según se mire, determinadas condiciones. No es sorprendente que la eutanasia aparezca en escena a estas alturas del drama.

Ya he mencionado antes que nuestra cultura científica y progresista cree poder prescindir de Dios: el horizonte pierde su dimensión trascendente, sobrenatural, y se limita a lo mundano. Si la salvación eterna deja de interesar, lo que ahora reclama nuestros cuidados es la salud. Es el mundo de la *fitness*, las dietas, el gimnasio, el *lifting*, el solarío, etc. Importa sentirse a gusto y surge toda una industria que se va a encargar de ofrecer los servicios correspondientes.

La enfermedad y el dolor, el sufrimiento y la muerte son en este contexto la encarnación del mal, lo que no debería existir en absoluto. No se soporta el sufrimiento y cuando a pesar de los notables avances de la medicina paliativa no se consigue eliminar, la solución extrema es eliminar al propio sujeto que sufre. Muerto el perro, se acabó la rabia, por decirlo con el refrán popular.

Los clásicos concebían la existencia humana como una tarea que se nos encomendaba, ya sea por parte de la naturaleza o por Dios. La vida se percibía como un don, que nos correspondía hacer fructificar. El éxito no estaba asegurado de antemano, y de ahí el carácter dramático de la condición humana: un mal uso de la libertad podía llevarnos al desastre, al rechazo de Dios. La incertidumbre acerca del tiempo disponible para llevar a cabo la tarea daba una particular emoción a la aventura de vivir.

El moderno, por el contrario, pretende convertirse en el único señor de su vida y de su destino. Si la propia historia adopta un curso insatisfactorio, decepcionante, una posible reacción será entonces ponerle fin. Como muy bien supo ver Wittgenstein, "si se aprueba el suicidio, entonces todo estará permitido". Cuando la vida se considera un bien del que su dueño puede

disponer a voluntad y, de modo paralelo, la sociedad deja de reprobar la práctica del suicidio, se abre la puerta de par en par a la generalización de la eutanasia, que en su primera fase se practicará como suicidio asistido.

Cuando una sociedad deja de proteger la vida, en todos sus estadios, se embrutece y se corrompe. Por decirlo en términos kantianos, se da una recaída desde el estado de civilización al estado de naturaleza. Es la ley de la selva, es decir, la ley del más fuerte, pues es sabido que cuando no hay ley, se impone el más fuerte. El estado de derecho, del que nos sentimos con motivo tan orgullosos, parecía haber dejado atrás esta manera primitiva de resolver el problema del orden social, pero ya se ve que siempre podemos volver a situaciones pretéritas aparentemente superadas. Somos, sin duda, más refinados que nuestros antepasados, pero no menos brutales. En cuanto se escarba un poco en esa fachada de civilización y buenas maneras, se aprecia un fondo de crueldad insospechada.

<http://www.unav.es/cdb/unculturavida.html>

Questões:

1. O que ocorre com a maquinaria destinada a nos oferecer uma vida feliz e reconfortante?
Cite um exemplo do texto que ilustre sua resposta

2. Por que a política se vê obrigada a submeter-se aos cientistas?

3. Quais contrastes entre o homem clássico e medieval e o homem moderno podem ser inferidos a partir da leitura do texto?

4. Que posição ocupa Deus dentro de nossa sociedade contemporânea?

5. Explique a relação entre as modernas concepções de vida que o homem tem adotado e a aceitação, por parte da sociedade, da prática do suicídio.
